

Ajoblanco: Crónica breve de una pasión

Pepe Ribas

Ajoblanco irrumpió en la España de la decadencia franquista como un tornado de irreverencia y libertad. Su principal fundador reconstruye aquí el origen y las transformaciones de este proyecto contracultural que en junio pasado regresó más aguerrido que nunca.

El 18 de febrero de 1973 la autoridad gubernativa de Madrid cerró la Facultad de Derecho de Barcelona tras una descarga salvaje de los antidisturbios, que entraron a caballo en las aulas de la planta baja. Yo tenía 21 años y estudiaba Leyes junto a los cinco Nabuccos, un movimiento poético que practicaba el *cut-up* de William Burroughs y el surrealismo. Dos meses antes habíamos convocado la primera exposición poética universitaria. Una mañana, los alargados muros de mármol negro del *hall* de nuestra facultad aparecieron forrados de cientos de cuartillas con poemas escritos a mano, ante la estupefacción de profesores, estudiantes y policías. Aquel cierre iba a provocar el nacimiento de una aventura insólita que ha ocupado mi vida.

Las furias que acabaron de asentar la idea fueron dos viajes en coches destartados en los que contactamos con los vagabundos del Dharma en la última oleada del movimiento *hippie* que recorría Europa. El primero, con los Nabuccos hasta Tesalónica, siguiendo la ruta de los viajeros en caravana que iban a India.

El segundo, a Ámsterdam, con la secretaria del editor Carlos Barral, diez años mayor que yo, en donde conviví en el Vondelpark con ocho mil melenudos durmiendo y comiendo al aire libre. En aquellos tiempos no todo se medía con dinero, mientras los encuentros con desconocidos hallados al azar no despertaban el más mínimo temor.

A los jóvenes independientes no adscritos a ningún partido político clandestino lo que más nos movía era la aventura de unir arte y vida, la lucha contra cualquier autoridad impuesta, el no canon, las actitudes dadaístas, el vivir al día, el rock salvaje, el viaje sin rumbo ni fecha de retorno, la libertad sexual, la vida en comunidad y la muerte de la familia tradicional. Éstos eran los astros emergentes del imaginario de la nueva generación, aunque en España todavía no fuésemos capaces de realizar aquellos sueños de forma clara y transparente. La aspiración fundamental de *la generación del nosotros* de los años sesenta, que llegó con años de retraso al país que nos tocó en suer-

te, fue un mundo sin autoritarismo ni mentira. Estábamos tan hartos del franquismo como de que los comunistas nos dijeran cómo teníamos que pensar, qué leer o cómo debíamos ir vestidos. Crecíamos en un lugar en el que la información llegaba fragmentada, donde obras y novedades culturales carecían de contexto y visión de conjunto, y el consumo era precario por falta de recursos. La curiosidad se colaba por cualquier rendija con tal de superar una laguna o llenar el vacío. No fuimos perezosos mientras la carencia estuvo en alerta roja. Mi biblioteca y muchas otras crecieron por intuición. Muchas veces lo he pensado: pertenecemos a una generación con mitos —Jim Morrison, John Lennon, Andy Warhol, Che Guevara— pero sin maestros. En España, las circunstancias nos forzaron a ser autodidactas; nos formamos gracias al cúmulo de curiosidades sentidas y experimentadas hasta el fondo de nuestras almas. Algunos pagaron tanto atrevimiento con la muerte. La contracultura, el Mayo francés, el arte pobre, el teatro callejero, el arte conceptual y la cultura *underground* fueron los pilares sobre los que se asentó la nueva revista *Ajoblanco*.

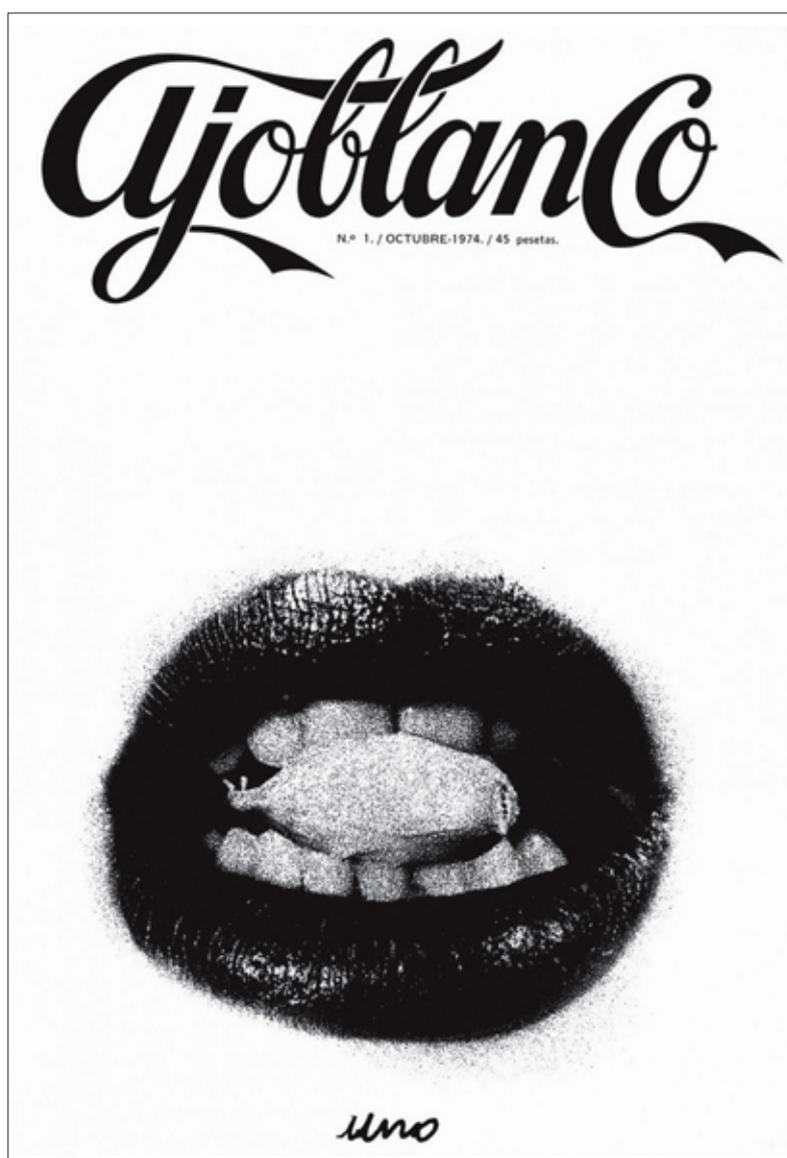
Una madrugada, en el pequeño parque parisino de Apollinaire, junto a Saint-Germain-des-Prés, vi la luz. Iba a crear un revista independiente fuera de los canales universitarios y para todos los kioscos de España, en busca de esa nueva juventud que debía de encontrarse en una situación parecida a la mía. En septiembre de 1973, convoqué a los Nabuccos para darles la buena nueva en el restaurante Putxet de Barcelona, donde la joven dueña nos hizo el plato típico de su pueblo. Una sopa popular: el ajoblanco.

Días después di casualmente por la calle con un personaje insólito, algo mayor que yo. Toni Puig. Habla catalán, estaba relacionado con los jóvenes católicos progresistas y vivía en una comuna con actores de Els Joglars y Comediants y con una naturista. Fue un encuentro explosivo entre la nueva Cataluña urbana y cosmopolita que yo representaba, con la Cataluña rural que recuperaba los valores solidarios del libertarismo originario. También era poeta. Su gente y la mía constituimos un grupo que fue ampliando territorios vírgenes en todos los sentidos. Ana Castellar, Pep Rigol, Luis Racionero, Fernando Mir, Javier Valenzuela, Karmele Marchante, Ramon Barnils y, a lo largo de los seis años que duró el primer *Ajoblanco*, hasta más de tres mil colaboradores de todo el país que inventaron colectivos y fueron precursores de los nuevos movimientos sociales. Sexo libre, ecología, drogas blandas, LSD, antimilitarismo, movimiento de las cárceles, “okupaciones”, feminismo, antipsiquiatría, comunas, reivindicación de las fiestas populares libres del nacionalcatolicismo. Así nació lo que ahora se llama “la generación del 77”, que poco tiene que ver con la

del 68, sus hermanos mayores, quienes han copado el poder durante décadas.

PRIMER *AJOBLANCO* 1974-1980

En octubre de 1974 salió el primer número, con una portada blanca desafiante. El logo creado por Quim Monzó parodiaba las letras de la Coca-Cola, y en el centro había una boca perfilada en blanco y negro mordiendo un diente de ajo, realizada por el genial fotógrafo Manel Esclusa. A los manifiestos y llamadas de los primeros números respondieron miles de jóvenes inquietos con deseo de hacer cine en Super-8, poesía experimental, editoriales independientes, viajes, contactos, *fanzines*. Nombramos a esta fase como la etapa *underground* y *freak*, y duró hasta el número 10, en marzo del 76, cuando realizamos con el colectivo Ajoblanco-Valencia el famoso *dossier Fallas*. Un *dossier* que nos llevó a la fama tras incendiar las iras de la carcundia franquista mediante una campaña de prensa gratuita que nos ocasionó titulares denigratorios en to-



Primer número de la revista *Ajoblanco*, octubre de 1974

dos los medios de comunicación masivos, sanciones jurídicas y administrativas, suspensión de la publicación durante cuatro meses y una multa que nos negamos a pagar.

Tras un corto exilio en la isla de Menorca, el colectivo *Ajoblanco* se recompuso y redescubrió el pasado libertario español, Durruti y la trayectoria del anarcosindicalista. Franco ya estaba muerto y enterrado. Debatimos el nuevo proyecto con los grupos de trabajo que se estaban transformando en colectivos afines a la publicación. Y decidimos cambiar el diseño y el formato. Regresamos a Barcelona e inauguramos la etapa más influyente de la revista en su primera época. La etapa libertaria, que fue de noviembre del 76 a agosto del 78. En este periodo llegamos a vender cien mil ejemplares y a tener un millón de lectores. Colaboramos también con las feministas radicales, los naturistas, los antimilitaristas, los homosexuales y los partidarios de la reforma educativa y de la educación libertaria.

La incorporación del cenetista Francesc Boldú, así como la consolidación de los grupos de trabajo en toda España, transformaron la publicación en un movimiento aglutinador de miles de jóvenes libertarios. Y la revista pasó a ser un movimiento. Una de las características de aquel *Ajoblanco* fue la de que sus colaboradores no eran periodistas, sino lectores inquietos que labraron su futuro profesional en las diferentes disciplinas. *Ajoblanco* siempre ha sido una universidad viva y libre.

El trabajo de los colectivos se consolidó aportando los famosos *dossiers* de las páginas centrales y, más tarde, inventamos los números especiales: los extras *Ajoblanco*: Energías libres, Salud y Naturismo, Nueva Literatura, Viajes, Antipsiquiatría, Marihuana, Sexo y Tantra, Ecología, Fiestas populares... Financiamos también la primera revista de ecología, *Alfalfa*, y la revista de mujeres feministas *Xiana*. Renació la CNT, y *Ajoblanco* aglutinó a miles de jóvenes en torno a esta confederación anarcosindicalista y participó activamente en las Jornadas Libertarias de julio del 77. Un millón de activistas en el Saló Diana y el Parque Güell de Barcelona debatiendo y festejando durante cuatro días de julio. El país había cambiado y todo hacía prever que nos encaminábamos hacia una nueva era con más democracia que la de los países vecinos. Apostamos por la autogestión interna de la revista y financiamos la aparición de la revista literaria *La Bañera*, dirigida por Alberto Cardín.

A partir de los Pactos de la Moncloa entre los nuevos dirigentes políticos democráticos, el franquismo liberal de Suárez y la restaurada Generalitat de Catalunya se produjo una lucha entre los nuevos movimientos sociales y los nuevos políticos profesionales. Emergió un nuevo tipo de terrorismo de Estado, apareció la heroína y aterrizó la moda punk importada de los países anglosajones: *no hay futuro*. La batalla entre los nuevos movimientos sociales y los partidos políticos fue cruenta. La injerencia internacional en la política española en el contexto de Gue-

© Pep Domenèch



Fundadores de *Ajoblanco*, de izquierda a derecha: Fernando Mir, Toni Puig y Pepe Ribas

rra Fría, el capitalismo nacional y la acomodación de los partidos a las directrices del capitalismo mundial asentaron un quiebro que precipitó una derrota histórica en la que aún está sumergido el Estado español. El primer *Ajoblanco* desapareció en mayo del 80. La capital cultural de España se trasladó a Madrid; la nueva ola musical despejó el camino hacia la *movida madrileña*, que arrastró los restos del mundo contracultural hacia la posmodernidad. La poesía de los malditos dejó el protagonismo a una poesía más realista o experiencial.

SEGUNDO *AJOBLANCO* 1987-1999

Corrían los tiempos del sida, de la derrota de los sindicatos frente a Thatcher en Inglaterra, de la “guerra de las galaxias” de Reagan, de la aparición de Gorbachov en la URSS, de la comercialización masiva de la cultura y de un Felipe González que estaba transformando España en un supermercado. Fernando Mir, periodista del primer *Ajo*, acababa de llegar de Sudamérica, el fotógrafo y antropólogo Jordi Esteva había sido expulsado de Egipto, Mercedes Vilanova era una catedrática que impulsaba la historia oral y yo regresaba de un Londres opresivo. Nos reunimos varias veces. Pretendíamos hacer un reportaje para el diario *El País* sobre la inmigración africana y paquistaní y acerca de los incipientes talleres industriales en régimen de semiesclavitud. Pero, ¿cómo íbamos a trabajar en un medio de comunicación que había defendido el “Sí” en el referéndum de la OTAN tras haber promocionado el “No” durante años, y dividir a la intelectualidad en buenos y malos?

Decidimos volver a la acción.

Si en el primer *Ajoblanco* fuimos agitadores, en el segundo nos profesionalizamos para generar una buena revista cultural de grandes reportajes, debates intelectuales y descubrimiento de nuevas tendencias sociales en el ámbito hispano. Destacamos la relación humana y cultural con Latinoamérica, sus megalópolis y sus diferentes culturas. Recorrimos África, Rusia, los países del este europeo, Japón y, por supuesto, el continente americano. Divulgamos las nuevas músicas del mundo y anunciamos la aparición de la música *techno*.

Tras los sucesos de Tiananmén de 1989, bloqueamos el comercio internacional de China durante más de un mes mediante “el fax de la libertad”, operación mediática que compartimos con revistas de varios países europeos. Estuvimos en la caída del Muro de Berlín y en la ascensión de esta ciudad como la nueva capital cultural de Europa. La lucha contra el vacío de valores, la denuncia de las falsas democracias y una

actitud muy crítica frente a los poderes que asfixian el progreso social y político fueron también las armas de una revista que nunca quiso acomodarse.

La vida, el ocio, el humor, la multiculturalidad, los debates literarios, la pluralidad de las corrientes artísticas y la lucha por un urbanismo humanista ocuparon parte de nuestras inquietudes. Y lo hicimos desde la independencia y la vocación por un periodismo crítico y de anticipación.

El segundo *Ajoblanco* editó 124 números mensuales y 10 especiales. Y duró el doble de tiempo que el primero: trece años. Su influencia cultural aún persiste.

AJOBLANCO REVOLVEMOS

Tras la revolución en las plazas del 15-M de 2011, el retorno de *Ajoblanco* estaba cantado. Muchos de los mensajes eran casi idénticos a las proclamas ajoblanquistas de los años setenta. El viejo espíritu libertario volvía a las calles y barría la posmodernidad. Sin embargo, fue la exposición *Ajoblanco: ruptura, contestación y vitalismo*, celebrada en Madrid (28-5-2014), Buenos Aires (11-6-2015) y Santiago de Chile (10-12-2015), y el documental *Ajoblanco, crónica en rojo y negro*, lo que acabó de movilizarnos por la enorme respuesta que tuvo entre las nuevas generaciones, huérfanas de revistas independientes en papel que no atendieran los cánones impuestos por la industria cultural. Lo primero que pensé fue en crear una asociación sin ánimo de lucro y un espacio físico como lugar de encuentro y debate en mi ciudad. Así ha nacido la nueva etapa. Un espacio para el debate, una web: www.ajoblanco.org, y una revista en papel, que a partir del 20 de junio volvía a los kioscos, con 132 páginas, sin avisos publicitarios. Libre.

Acabo con el editorial del nuevo número en papel:

Queremos revitalizar la cultura desde la pasión, el respeto, la pluralidad, la imaginación, el humor, la crítica, el debate, el diálogo y el encuentro. Salir del letargo y perder el miedo que nos ha atenazado durante demasiado tiempo.

Queremos un pensamiento nuevo, libre, sin cánones impuestos ni burbujas. Necesitamos una nueva creatividad que transgreda los límites que hasta ahora nos han marcado, donde las generaciones, las culturas, las ciudades y las identidades dialoguen, se mezclen y se expandan.

Queremos recuperar la memoria, hurgar donde otros temen hacerlo y plantear todo lo necesario para sentirnos vivos.

Y te queremos a ti, lector, para que participes de forma activa en esta nueva utopía. **U**